

“EL FLORERO DE LLORENTE”, LIBRO POLEMICO

Escribe: JOSE HURTADO GARCIA

La culpa fue del tiempo y no de los próceres. Es esta la conclusión que fluye al clausurar la lectura de “El Florero de Llorente”, el libro con el que Arturo Abella Rodríguez, apedreó la celebración académica de nuestro sesquicentenario. Armado de una documentación bibliográfica y de archivo que sorprende en nuestro ambiente de improvisaciones, el autor implanta la tesis de que la rebeldía contra España no se inició en la Nueva Granada el 20 de julio de 1810, sino el 6 agosto de 1538, el día mismo de la fundación de Santa Fé, cuando se instalaron para hacer perpetua casa los aristarcos de entonces, con sus vastas encomiendas y sus demás privilegios.

Su análisis se inicia con don Antón de Olalla, propietario de la hacienda sabanera de “El Novillero”, latifundio que por sucesión, por matrimonios de conveniencia entre la oligarquía de entonces —perdón, que así la nombra— fue fortaleciendo a unas cuantas familias, progresivamente entrecruzadas. Ocurre que los próceres del Acta de Independencia, desde Nariño hasta Baraya, desde Jorge Tadeo Lozano hasta José Acevedo y Gómez, antes comerciante tranquilo, formaban parte del núcleo selecto que había recibido educación, posiciones y honores de la monarquía. Sostiene el autor que ninguno de ellos fue excluido sistemáticamente como se asegura en el “Memorial de Agravios” y que al revés, gozaron, como don Jorge Lozano de Peralta y otros, de contratos valiosos para el abastecimiento de carne en Santa Fé, para la leña en las fábricas de licores.

La división entre centralistas y federalistas, la entraña de La Patria Boba, está presentada como un combate de familias. Su genealogía se encuentra diáfananamente comprobada en sus páginas. Además, Abella Rodríguez presenta las flaquezas de los próceres ante el aluvión de plomo y de sogas del ejército pacificador, con don Pablo Morillo, a la cabeza. El armisticio pedido por Nariño después de sus derrotas del sur, la carta de Camilo Torres a sus familiares en la que pide que se le arregle su situación, la dolorosa solicitud de Caldas a Enrile en la que busca conmover las aficiones a las matemáticas del general hispano, la apostasía de José Fernández Madrid, de la cual tuvo tiempo de arrepentirse en sus vejez. Esta visión, demasiado humana, pone tintes oscuros en la aureola de los creadores de la república.

El autor despectiviza el adjetivo veintejuliero y las emprende contra don José María Carbonel y la gente del bronce que lo acompañó desde San Victorino, desde otros barrios, desde el mercado, para pedir la prisión de los oidores y de los virreyes, señala a Baraya como autor del primer golpe de cuartel en nuestra historia y califica de débil a don Antonio Amar y Borbón por no haber seguido los consejos de Sámano, el jefe de batallones que pedía la acción directa contra el pueblo. Pone ridículo a la elección de la Junta Suprema, hecha desde el balcón por Acevedo y Gómez con la enunciación de nombres, que según relata, eran aprobados en medio de incompresible algarabía. Es decir, busca reducir la fecha magna a un episodio de disensión cortesana.

Pero la historia pone sus pilotes. También nos cuenta que los aristócratas de Santa Fé, el señor Lozano de Peralta entre ellos, fueron criptocomuneros auténticos, estimularon la revolución del Socorro. Jugaron a dos cartas para estar bien con los caudillos populares en el caso de que se tomaran a Santa Fé, o para cobrar sus servicios a la corona, como lo hicieron. Esto indica, cómo el memorial del aludido en que al hacer reclamos por abolición de sus contratos, decía unas cuantas verdades sobre la administración del Nuevo Reino, que a pesar del silencio subsiguiente a las capitulaciones de Zipaquirá y el descuartizamiento de los caudillos, las ideas reformistas se habían instalado en el cerebro de la vanguardia culta. La verdad de que el propio Nariño hubiese incinerado los ejemplares de la traducción de los "Derechos del Hombre y del Ciudadano" y hubiese recogido otros, no quita un adarme de grandeza a su gesto. Alberto Miramón nos recuerda que vendió varios, con el ánimo de reducir su proeza frente a las autoridades peninsulares, a un simple negocio de tipografía.

En concepto de Abella Rodríguez los ensayos democráticos han seguido hasta nuestros días sin soluciones útiles. Es necesario disentir de la interpretación. Si se analiza el aspecto social como lo viene haciendo Indalecio Liévano Aguirre en los estudios socio-económicos que publica en la revista "Semana", fulgura la verdad de que el pueblo ha sido un convidado de papel o de papeleta, de carne y hueso de cañón. Pero frente a los próceres es necesario ubicar en el tiempo la discordia. En los tiempos de la Pacificación española no se daba cuartel a los adversarios de Su Majestad, ni existía el derecho de asilo diplomático. De ahí que sea justo el concepto del autor al presentarnos como una guerra civil la primera etapa de la Independencia y al afirmar que España no supo entender el momento histórico para conservar las colonias, no con el sable de Morillo sino con la comprensión del virrey Ezpeleta.

Bolívar lo entendió así. La declaratoria de guerra a muerte y la tragedia de la pacificación, con los fusilamientos, con las horcas, con las confiscaciones, con los destierros, partieron los continentes. Los indígenas, la negredumbre y los blancos del criollaje, hicieron la unidad de razas ante la libertad. Floreció la epopeya. Colombia desangró su ardentía hasta Ayacucho, hasta el Cuzco. Hombres como el general Antonio Morales, precisamente uno de los actores de la reyerta del florero, pelearon victoriosamente más allá de las fronteras. Y del equipo que actuó en Santa Fé, todos supieron morir como valientes. El mismo autor destaca la pulcritud

romana de don Camilo Torres, cuando en vísperas de la ocupación de Morillo se quiso alterar el acta de la Independencia para suavizarla: el gran payanés se irguió violento para mantener la integridad de los textos originales.

No eran ellos militares de escuela y confiaron ingenuamente en el sentido humano de los jefes de un ejército de reconquista. La tolerancia de los últimos virreyes que les permitía la lectura de libros prohibidos, que los llevaba a la administración pública y a las Milicias, los repletó de confianza, hizo posible el derroche de sus energías y de su inteligencia en el pugilato de centralistas y federales, hasta la fatal encerrona de las tropas realistas. Los estrategos se habían alejado. Bolívar combatía en otros campos. Santander y Serviez tomaron el camino libre de la Llanura.

No podrá desestimarse nunca el sacrificio de los epígonos del 20 de julio. Con la propia tesis de Abella Rodríguez se comprueba que ellos habrían brillado en el mundo hispánico. Es difícil encontrar estadista mejor estructurado en su tiempo que don Camilo Torres. Todos ellos ofrecieron su libertad, su vida, sus riquezas, sus posibilidades de disfrute y de dominio. Resulta por ello descarnadamente drástico el enjuiciamiento que de ellos se hace en "El Florero de Llorente".

Es este un libro polémico. Ha sacudido la tradición pasterizada de nuestros historiadores. Es por ello conveniente y necesaria su lectura, para que estimule el estudio, la investigación, el opinar libérrimo.